

# EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 26 de Noviembre de 1921.

Número 48.

## EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

### De jueves á jueves

Dejamos el jueves pasado á los liberales divirtiéndose al Congreso y al país con el regocijado número de la proposición *matasuegras* que se estira y encoge á voluntad de quien la manipula. Pues aun más. Por si el conde de Romanones encogió la proposición demasiado ó dejó de encogerla, los liberales que estaban para satisfacción de todos fraternalmente unidos, parece que van á separarse. Alba y don Melquiades, liberales hasta allá (pongan ustedes este «allá» donde quieran, pero siempre más «acá» de Palacio, pase lo que pase) están dispuestos á dar la campanada.

En cambio se dice también que los conservadores son ahora los que van á unirse, á eliminar á los ministros liberales del gabinete y á sustituir esta concentración parlamentaria heterogénea que les apoya, con una más chica, pero conservadora nada más. En este ajo anda metido el señor Cambó, según aseguran.

En fin, lo que sea sonará, u olerá. Alba y Melquiades con fiebre liberal. Los conservadores dispuestos á acabar hasta con la raíz del liberalismo. Aquí va á pasar algo. Mauristas y albigistas, ahora que me acuerdo, van unidos á las elecciones municipales; pero por lo visto una cosa es la hostilidad y otra que los concejales de uno y otro bando estén en el Ayuntamiento á partir un piñón ó á partir lo que se tercie.

Yo (¿qué voy á darme importancia?) no lo comprendo muy bien. Pero ya saben mis lectores que entre las

cosas de que ahora vivo apartado una es la política y otra los títeres.

Los *espíritus liberales* han tomado á mal que le haya recibido con tanto aparato al general Berenguer. Creen que el Rey debió aguardarle en Palacio ó, cuando más, salir á la mitad del camino, puesto que el Alto Comisario ha reconquistado nada más la mitad de lo que perdimos en Julio.

Está bien ese escrúpulo. Pero ¿han pensado esos espíritus cómo debe recibirse al general Cabanellas que viene á la Península sumariado, según dicen, y cuya brigada se ha disuelto por causas no bien explicadas?

De todos los errores cometidos en Marruecos, sólo es punible, por lo que vamos viendo escribir una carta molesta para las Juntas de Defensa, ó Informativas, ó como se llamen. Estas Juntas podrán difícilmente sacudirse esta argumentación.

Las reformas militares son obra de ellas, y ellas han intervenido en la aplicación. Si el resultado legítimo de aquella ley es encontrarse al cabo de cuatro años como nos hemos visto en Marruecos, se ha engañado al país prometiéndole para cuando la ley se aprobase el oro y el moro; mejor dicho, el moro á cambio del oro. Si es que se han aplicado mal, bien claro está sobre quien deben caer las responsabilidades.

Y no vale alegar que las Juntas habían perdido ya su influencia. Ahí está el relevo de Cabanellas probando lo contrario.

### Crímenes sociales

Dos se han cometido en Madrid. El sábado por la noche el uno. Al anochece del martes el otro. Sociales son esos y todos los crímenes, no sólo los que se denominan así únicamente.

El sábado y en la plaza del Angel, esquina á la de Espoz y Mina, un inspector de vigilancia, al que algunos perros policíacos metidos á periodistas elogian sin tasa, como si hubiera realizado una bella obra, disparó sobre su mujer, de la que estaba divorciado, y sobre su cuñado. La mujer malherida, ha fallecido.

Se trata de un parricidio y de un homicidio, que deseo sea frustrado. ¿Hay agravantes? ¿Hay atenuantes? No lo sé. Al procesado se le debe siempre respeto. Respetable debe ser

siempre la víctima, sobre todo si es mujer.

Este crimen social enseña mucho. Lo primero la conveniencia del divorcio. Lo segundo la perniciosa ejemplaridad, porque, si mata por honor, por celos ó por lo que fuera un hombre encargado de velar por la seguridad de las personas, cómo se ha de cortar con facilidad el criminal procedimiento de los atentados?

Claro que el militar, que el policía, que el sacerdote, que el profesor son hombres; pero agrava la profesión el delito, porque en ellos es más disolvente que en otros. No he de decir de este parricidio y homicidio más que lo preciso, deseo de no agravar la situación del delincuente. ¡Respeto al procesado! ¡Piedad para el delincuente! Hemos de tenerla, aunque falten á ella en Barcelona de manera afrentosa para aquella ciudad de los tormentos de Montjuich, y para España.

No debe imponerse penas aflictivas paseando por las calles, amarrados y en cuerda, de las comisarías á la Dirección, de la Dirección al juzgado, y de éste ó de la Dirección á la cárcel, á delinquentes, y menos á procesados y á detenidos por sospechas. Jamás debe pegarse al detenido ni atormentarlo para hacerle declarar: y no se debe infligir tormento moral al reo, al sentenciado, al delincuente convicto ni al supuesto.

En los descampados de la Gran Vía fueron objeto de una agresión el ingeniero y el maestro de obras, ambos franceses, de una obra en construcción. Los asesinos huyeron. Se vigilaba la obra porque había una huelga y se custodiaba á los que han sido heridos. Mala vigilancia y torpe custodia. No es la primera vez que se efectúan mal los oficios de previsión, evitados de lo que sentimos y condenamos. Después y á cambio de esa primera torpeza, vienen los palos de ciego, los excesos de celo, las redadas, las detenciones de inocentes y el empleo de procedimientos ilegales y aun delictuosos.

La huelga está bien cuando es fundada y no caprichosa; lo que además de criminal es contraproducente, es el atentado á las personas.

En esta ocasión ha venido á empuñar una muy loable, generosa y justa campaña del Ateneo de Madrid que ha protestado contra los villanos y criminales procedimientos de Barcelona, donde se resucita Montjuich, con toda su fama siniestra.



El Ateneo sabe que el cadáver del joven Arch, hijo de uno de los fusilados en Montjuich por el atentado de la calle de los Cambios, tenía en el cráneo señales de haberle tundido á golpes, de haberle matado á fuerza de golpes.

A la enfermería de la cárcel de Barcelona van de la jefatura presos, heridos, machacados, tundidos, hechos papilla.

Se citan nombres. El Ateneo sabe los de Cervera, Gil y López. Y el Ateneo no ha olvidado la libertad y muerte de Boal en represalia por la agresión de que fué víctima el alcalde de Barcelona.

La agresión criminal perpetrada en Madrid la víspera de celebrar el Ateneo su primer mitin de protesta, servirá para que el vulgo disculpe, sino aplaude, la arbitrariedad criminal de Barcelona.

Para un espíritu sereno, amante de lo justo y elevado, lo uno no disculpa ni menos justifica lo otro. Nada de impunidad. El crimen debe ser castigado, pero siempre con arreglo á las leyes, nunca por procedimientos criminales. La venganza no es la justicia y la ley del Talión, única vigente en la Barcelona de Cambó, fué ya condenada en el Nuevo Testamento. Pero á la caverna que forma el vulgo no se le puede ir con filosofías, como ella dice, no reflexiona, y para esa gente impulsiva, sentimental y necia de mollera, los disparos de la callejuela del Horno de la Mata son una salva triunfal para los nuevos condes de Barcelona y al herir al ingeniero y al contratista han herido al Ateneo. E los criminales son no solamente execrables, como todo crimen, sino contraproducentes, dañinos para la causa del proletariado.

En un círculo vicioso estamos. Hay represalias porque hay venganzas, y hay venganzas porque hay represalias. El círculo cada vez es más estrecho y más feroz. Lo forja el odio. Para romperlo hay que apelar á la justicia. El Ateneo de Madrid es fragua. Del Ateneo puede salir forjada la espada libertadora y justiciera; la espada del Sifredo español.

ROBERTO CASTROVIDO

## Gentes imprevisoras

Ha comenzado ya la Prensa á dar á diario las desagradables noticias de todos los inviernos: si han muerto de hambre y frío un niño, una mujer, un anciano, ya en un solar, ya en la calle, ya en las afueras...

Pues naturalmente; no comiendo apenas, yendo casi desnudos y durmiendo en tales sitios, ¿qué menos podía ocurrirles?

Cuidáranse algo más de la alimentación y de la morada, como hacen los frailes, y asegúrense que pasarían el invierno tan ricamente.

Pero no sirve predicarles: gentes tercas de suyo, no quieren seguir los higiénicos ejemplos que les dan los benéficos siervos de Dios, y así les sale la cuenta. No parece sino que toman por sport desafiar el hambre y el frío.

Habría que proveer á cada mendigo de una cartilla donde pueda aprender en sus ratos de ocio la alimentación que debe tomar en invierno, las prendas de abrigo que debe llevar, y el confort que corresponde á las viviendas.

Y á ver si de este modo se convencen de que deben proveerse de todo eso, sacuden su indolencia y nos ahorran la molestia de leer á diario noticias desagradables.

## ¿Qué es zarabanda?

Que cualquiera ricachón, que tiene leguas de tierra no e entregue una sola perra para la contribución, como la ley se lo manda...

¡Eso es zarabanda!

Que se nombren comisiones para comprar armamento y re-ulten de cemento los rífls y los cañones por ignorancia nefanda...

¡Eso es zarabanda!

Que el marqués ó el general con la bolsa muy repleta no paguen una peseta por cédula personal, con avaricia vitanda...

¡Eso es zarabanda!

Que al que sostuvo contienda por salvar Bancos quebrados y negocios intrincados lo hagan ministro de Hacienda donde en el Tesoro manda...

¡Eso es zarabanda!

Que á la más bella persona, incapaz de villanías, la trinquen los policías y la metan en chirrona como si fuera algún randa...

¡Eso es zarabanda!

Y figurándome voy por lo que se deja ver, que hubo zarabanda ayer y que hay zarabanda hoy, á pesar de que nos manda quien odia la zarabanda.

PERO GRULLO

## Leyenda de Judas

Administrador de la primera comunidad cristiana

En el pleito secular entre la hormiga y la cigarra, hay muchos todavía, el mundo infinto de los artistas, y entre ellos cuento á los políticos españoles, que se ponen

resueltamente del lado de la cigarra. Pero confiésemos que al lado de María contemplando en éxtasis á Jesús y ungiéndole los pies con oloroso nardo, es bien que exista la hacendosa y solícita Marta, porque llegada la hora del medio día no se encuentre el huésped de vino con el hogar frío y la mesa sin poner.

¡Cultivar el ideal! Está bien; pero á condición de que se haga con su epícrisis, á la manera de aquel gran santo cuya memoria tiene para nosotros una gran actualidad, San Antonio Abad, que organizó su cenobio como una gran comunidad agraria. Llegáronse á él, en cierta ocasión dos monjes orientales atraídos por el olor de santidad en que era tenido por el desierto. Pasado el período de los saludos, el santo Abad llegóse al almacén de herramientas y de allí sacó dos azidas que ofreció á las monjes, indicándoles el sitio donde estaban trabajando los demás hermanos de comunidad, y que allí, en aquel tajo, podían emplear provechosamente las horas que faltaban hasta la señalada para la comida.

En presencia de aquellas herramientas, los monjes, entre vergonzosos y asustados, indicaron á San Antonio que ellos no trabajaban, que eran monjes contemplativos; oído esto por el Santo Abad, no replicó y retiró las azadas de la presencia de los huéspedes.

Llegada la hora de la comida, fueron acudiendo al convento desde el trabajo los hermanos que cultivaban la tierra, y previo los rezos de ritual, ocuparon sus respectivos puestos en la mesa donde San Antonio iba sirviéndoles la comida.

Los dos monjes forasteros observaban que no les había alcanzado el turno, y creyendo fuése olvido del Abad, decidieron llegarse á él diciéndole se había olvidado de ellos.

—¡Cómo olvidarme! —replicó el Abad—. ¡No sois monjes contemplativos? Luego contemplad á los que después de trabajar están comiendo.

Habría tenido que oír un diálogo entre Marta y Jesús, por el estilo de este: Jesús. —Pero hija mía, ¿cuándo se come en esta casa?

—A ninguna hora, Señor. He reclamado de ti la ayuda de mi hermana María, y me has contestado que no me cuidase de tales pequileces, y te he obedecido; he hecho lo que María, y he venido á contemplarte... A contemplar en tus ojos el ideal.

—Bien, y ¿qué?

—¡Y qué! Pues que la lumbre se ha apagado; que los garbanzos, que estaban en el primer hervor, se han quedado sin cocer; que me ha faltado el agua y no he podido amasar la harina ni hacer el pan; y aunque dices que el hombre no vive sólo de pan, por la presente no vas á tener que comer ni siquiera pan; y en cuanto á lo demás, que supongo que es bistek, vino, arroz y gallo muerto, tú verás...

—Pero entonces, ¿qué me hago yo?

—A mí no se me ocurre más sino que te sacies de nardo; nardo á todo pasto. Así aprenderás que el hombre no vive sólo de nardo, de trapos, de discursos, así sean del Padre Celestial.

(Juías). —Esta Marta tenía razón; que el hombre no vive sólo de nardo, sino de pan y vino, de bistek, y garbanzos, y patatas, y aceite, y posiblemente poco... Preguntárelo á los obispos y á los jesuitas que no me dejarán mentir.

JOAQUIN COSTA

(De unas notas inéditas del autor.)



## Razón poderosa

Va lleno el tranvía de señoras y caballeros, y entre ellos un viajero que se llama en toda la provincia de Huesca el tío Saliva, y que habla muy mal; quiero decir, que cuando habla echa por aquella boca sapos y culebras.

Eso es en el segunda naturaleza. Aunque no huiera cosecha de ajos en España en un año, con los que él echa habría para dar gusto a todos los guisos.

Y luego... escupiendo siempre!

Ya al subir al tranvía y leer que está prohibido escupir, el tío Saliva echa un tremendo taco que pone coloradas a todas las señoras.

—Haga usted el favor de tener compostura—le dice el conductor.

—¿Qué moño de composturas quisté que tenga? Llevo algo roto?

—Quiero decir, que no diga usted palabras masonantes.

—¿Masonantes? ¿Qué no suenan bastante? ¡Pues moño, en voz bien clara las digo!

No hay modo de contentarle. El tío Saliva mira y remira el cartelito de la prohibición, y dice:

—Y quién es un cochero, ni nadie en el mundo pa prohibirme a mí de escupir? ¡Ahí vá a so!

Y suelta una interjección, y en seguida una ostra de las de tres pesetas doceas.

Las señoras protestan, los caballeros le piden al conductor que reconvenga de nuevo al atroz viagero.

—Ya le he dicho a usted que está contraviniendo a lo mandado.

—¿Contraviniendo? ¡Pues en contra é quién voy yo, pobrecico é mí! El que me paice á mí que tiene una trensaera que no se pue tener, es usted.

—¿Qué le voy á echar á usted del cochel?

—¿A mí? ¡Habiendo pagan? ¡Ya se tentaría usted la ropa!

—¿Qué no?

—Tengo yo una navajica que me la merqué en Zarag, za por las fiestas, y no ha nacido el que me saque á mí de este coche hasta que llegue ande voy. ¡Lo oye usted! ¡Y a que me mire de mala manera le saca las tripas! ¡Y si no les gusta á estas sujetas y á estos que escupa, voy á hacer otra cosa peor!

—Conductor, pare usted, que nos vamos—dice una señora.

—No hay por qué—dice un caballero—; no hay más que llamar á un guardia y que le saquen de aquí.

El tío Saliva se ríe y echa una ristra de ajos.

—¿Qué no ha nacido el guardia que me saque a mí del coche, va, al—gita buscando algo en el bolsillo.

El conductor cambia de procedimiento.

—O ga usted, buen hombre.

—¡El buen hombre lo verá usted, que yo si me puzán soy muy malo!

—O ga usted, caballero.

—Eso es otra cosa. ¿Qué ocurre?

—Considere usted que va en compañía de personas bien educadas.

—N, lo niego.

—Vea usted si hay en todo el coche quien dé una v z más alta que otra, ni diga ninguna blasfemia, ni escupa, ni ame-nace.

—No señor, nadie.

—Está usted rodeado de señoras y de caballeros.

—¿Qué sí, hombre, que sí!

—Bueno, pues ¿por qué no hace usted como lo demás?

—¿Pues por eso!

—¿Eh?

—¡Por eso, hombre, por eso! Todos estos señores y señoras tienen educación! ¡Pero yo no tengo educación! ¿Cómo quisté que sea lo mismo que ellos?

—Pero hombre...

—Si á mí no me han dao educación, ¿cómo voy á tener educación? Cada uno á lo suyo.

—Ya está usted en la calle Ancha; vaya usted con Dios!

—Bueno; pues escapo y erato, y allá van todos los ajos que tengo. ¡A ellos, edu-caus! ¡De salud sirva!

EUSEBIO BLASCO

## Buena lógica

Señor cura, no quería molestarle tan temprano, pero como buen cristiano á confesarme venía.

No es porque tenga pecados mayores, no sé; ya sé que hay muchos peor y no están excomulgados.

Solo es porque mi mujer ha puesto en que venga empeño, y no soy el solo dueño que en casa hay que obedecer.

El cura. —Bueno, adelante.

El Penitente. —De modo que voy a decirlo todo bien claro y en un instante.

Yo no robo á nadie nada; criticar, jamás critico; trabajo más que un borrico y como siempre ensalada.

Total: que por alternar algunas veces, sin tino empieza uno á beber vino y se suele emborrachar.

El cura. —Pues eso es grave pecado, y además vicio que da á la salud perjuicio y en ocasiones... ¡quién sabe!

Usted, al día siguiente de ese abuso, se hallará muy mareado y no podrá trabajar perfectamente?

¿Sentirá usted aspereza y muy mal gusto en la boca y hasta tendrá como loca de dolores de cabeza?

El penitente. —(Sin lacha, aunque con mucha cordura): Según eso, señor cura...

¿usted también se emborracha?...

F. HERNANDEZ

## SATANÁS

El poeta Carducci escribió un himno a Satanás, que levantó tempestades hasta entre los republicanos de Italia, en cuyas filas militaba. Quirico Filopanti le dijo que el himno era una orgía intelectual y que le encontraba un defecto capital: ser antedemocrático. Carducci contestó, y de su réplica público lo siguiente, que da la clave de lo que entendió por Satanás el gran poeta:

«Por lo demás, tú no podías dejar de

comprender á qué número cantaba yo. Tú lo has dicho: á la Naturaleza. Y á la Razón. Sí, he cantado á esas dos divinidades de mi alma, de tu alma y de todas las almas generosas y buenas: á esas dos divinidades que el solitario y macerador y antisocial ascetismo abomina bajo el nombre de carne y de mundo, que la teocracia excomulga bajo el nombre de Satanás.

Satanás para los ascéticos es la belleza, el amor, el bienestar, la felicidad. ¿Esa pobre monjita de una fuente de ensalada? En esa fuente está Satanás. ¿Aquel monje se complace con un pajarillo que canta en su celda solitaria? En aquel canto está Satanás. Hay ahí en la caicatura ridícula de la leyenda á ese feraz ascetismo que renegó de la naturaleza, de la familia, de la república, del arte, de la ciencia, del género humano; que suprimió, en provecho de la vida futura, la v a presente; que por amor al alma, flageló, desolló, tostó, martirizó el cuerpo.

Además, para los teocráticos ¿hace falta repetirlo? Satanás es el pensamiento que vuela, Satanás es la ciencia que experimenta, Satanás es el corazón que se inflama, Satanás la frente en que se lee escrito: ¡No me humillo! Todo esto es satánico.

Satanás son las revoluciones europeas para salir de la Edad Media, que es el paraíso terrestre de esas gentes; las comunas italianas con Arnaldo, con Cola, con Barlimocchi; la reforma germánica que predica y escribe libertad; la holandesa que encarna la libertad en el hecho; la inglesa que la reivindica y la vege; la francesa que la extiende á todas las órdenes, á todos los pueblos y hace de ella la ley de las nuevas edades. ¡Todo eso es satánico; con la libertad de conciencia y de culto, con la libertad de la prensa, con el sufragio universal se entiente.

Y Satanás sea. Dice bien Bordini y decía bien David, si no me engañó: «recomemos con sus maldiciones, y nos gloriamos de sus vituperios.» Somos satánicos. ¿Y por qué no? No es Satanás de por sí un tipo aristocrático por excelencia? Tómesele en el Viejo Testamento. Es el primer rebelde contra el despotismo centralizador y unitario de Jehovah en el desierto de la creación. Es vencido; pero el arcángel Miguel, á quien el ascetismo—de la edad media en adelante—vistió con un arsenal de armas que nunca se acaba, tiene todo el aspecto de un gendarme; y yo estoy por el vencido.

Estoy por el vencido, y, sin quererlo, también se inclinaba algo por el vencido el apologista del suplicio del rey de Inglaterra, el secretario de Cromwell, Juan Milton. ¡Cuán terrible le ha pintado; cuán majestuosamente irritado! Cuando leo en el *Paraiso Perdido* el Consejo de Satanás, me parece que de aquellos versos sale y me sienta la frente el viento tempestuoso del Parlamento que condenó á Carlos I, y mi espíritu retorna á las noches sublimes de la Convención francesa.

Estoy por el vencido, y por el tentador. ¿Qué cosa dijo al fin y al cabo este tentador generoso á la compañera del hombre? En el huerto de Jehovah, en aquel huerto cerrado y uniforme le señalaba el árbol místico que tenía la fruta de la ciencia y de la vida, del bien y del mal, y —Comed— le dijo, de esto, y seréis iguales á Dios. Y decidme, por favor: ¿que otra cosa dijeron á los hombres Pitágoras, Anaxígoras, Sócrates, Platón, Aristóteles? ¿Qué otra cosa les dijeron Galileo, Newton, Kepler, Descartes y Kant?...

En este caso yo, oprimido por la socie-



dad desde mis primeros años; me declaré por el rebelde de la monarquía de Jehová, por el tentador de los esclavos de Jehová, que los conducía a la libertad y a la ciencia; me declaré a favor del opreso por la gendarmería de Jhov'h»

JOSEF CARDUCCI

## El juez y el diablo

En cierta población de Alemania vivía un hombre llamado Schwarz, poseedor de muchos cofres repletos de oro, plata y joyas preciosas, pero tan duro con los pobres, tan vicioso, tan malo, que la gente se a miraba de que sobre él no hubiera ya caído el castigo del cielo, abriendo e la tierra para tragarlo. Este hombre ejercía las funciones de juez, deshonrando tan noble cargo con toda clase de iniquidades e injusticias.

Una mañana salió de su casa para echar un vistazo a unas viñas que poseía, y en el camino se encontró con un caballero muy bien vestido, al cual saludó políticamente por parecerle que lo merecía por el traje, y preguntóle luego quién era y de dónde venía.

—Muy señor —contestó el desconocido— que no contaría a vuestras preguntas.

—¿Cómo que no? —dijo el juez irguiéndose con orgullo.—Yo quiero que respondáis. Si y todopoderoso y nadie se atreve a resistirme. Puedo al instante, si lo me sentía, reducirlos a prisión e imponerles un castigo...

—Si es así —repuso con sonrisa melancólica el desconocido— cede a vuestra curiosidad. ¿Me preguntáis quién soy yo y de dónde vengo? Pues bien, sabedlo: soy el diablo y vengo del infierno.

—¿Habláis el juez. —¿Qué viene a hacer aquí?

—Hoy es día de mercado en vuestra ciudad, y vengo a tomar lo que seriamente y de todo corazón me den.

—Bueno —contestó el juez— haz tu negocio. No tengo interés en impedirte. Pero quiero compensarte para ver lo que te dan.

—Mejor sería que no asistiera a este espectáculo.

—Quiero ver cómo tomas lo que te dan. Lo quiero, aunque me cueste la vida.

—¿Pues bien, vamos!

Los dos se dirigieron a la plaza del mercado, donde había mucha gente que compraba o vendía. Todos se inclinaban humildemente ante el temido juez y su compañero.

Schwarz se hizo traer dos vasos de vino y presentó uno al diablo, diciéndole:

—Toma, te lo doy.

El diablo rehusó, sabiendo que no se lo daba de corazón.

Cerca de ellos pasó una labradora conduciendo a una vaca, la cual, tirando del cordel, corría de derecha e izquierda y viceversa y fatigaba de tal manera a la pobre mujer, que ésta, en un acceso de cólera, exclamó:

—¡Pícaro animal, que el diablo te lleve!

—¿Por qué? —dijo el juez a su infernal compañero.—Toma esa vaca, es tuya.

—No —dijo el diablo— no ha sido dada seriamente ni de corazón. Si la tomase, esa mujer lo sentiría por mucho tiempo.

Un poco más lejos una madre reprendía a su hijo, viéndole rebelde a la lección, exclamó con acento irritado:

—¿Que el diablo te lleve!

—Este —dijo el juez— es un niño que te dan, Tomás.

—No —respondió el diablo— no me lo dan seriamente ni de corazón. Si lo tomara, esa desgraciada madre no cesaría de llorar mientras viviese.

Schwarz y su acompañante continuaron caminando en medio de la multitud. Encontraron a dos obreros que disputaban con furor. Uno de ellos, después de haber colmado de injurias a su antagonista, le dijo:

—¡Lo único que deseo es que el diablo te lleve!

—Toma ese robusto mozo —dijo el juez.— Ya ves cómo te dan.

—¡Ay! —contestó el diablo.—El que parece darme lo estima mucho. En este momento la celeridad y la embriaguez le ciegan. Si llegara a perderlo tendría un profundo pesar.

Vieron entonces acercarse a ellos una pobre anciana, cuyos vestidos anunciaban la pobreza, y cuya cara pálida y flaca era muestra inequívoca del hambre que sentía y de las penas que la atormentaban.

Detúvose ante el juez y le dijo:

—¡Ojalá te vengan todas las desgracias! Tú eres rico, yo soy pobre y me has quitado la única vaca que tenía y que era mi último recurso. No te había hecho ningún mal y me has reducido a la más espantosa miseria. ¡Voy a la justicia del cielo. Le pido que castigue tu iniquidad. ¡Le pido que el diablo te lleve en cuerpo y alma a los profundos infiernos!

—¡Ah! —dijo el diablo dirigiéndose al juez.—Esta vez se ha hablado con toda seriedad, se ha manifestado un deseo que parte del corazón. Tomo lo que con tan buena voluntad se me ha dado.

Y el diablo, al pronunciar estas palabras, clavó sus garras en el pescuezo del juez y desapareció con su presa.

JAVIER MAIER

Lamentando sus cuitas y estrecheces dijo un clérigo pobre y aburrido:

«¡Oh, Señor! Tú que vistes en los campos con ricas galas las fragantes lirios, con verdes hojas la aboleada umbría, con pluma a los pintados pajarillos, ¡por qué, viendo el apuro en que me veo no has de vestir también a mis sobrinos, ahora que estoy sin misa y sin licencias y se acerca el invierno triste y frío?»

### AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Antonio Pestana R. diez pesetas; Tomás Pérez. 5; Domingo Pérez Castro, 5; Amador Cabrer. 5; Manuel R. diez pesetas; 5; Federico Duque, 5; Buenaventura de León, 2; Manuel Pérez Pérez, 5; Juan Cabrer. Jorge, 2; Francisco Brito, 3; Germán Galván, 3; Augusto Brito, 2; Miguel Perera Pérez, 5; Tomás Hernández, 3; Tomás Lorenzo, 2; Juan Pérez Cabrera, 3; José Santana Martín, 5; Domingo Pestana, 5; Alfredo Laremuth, 3; Gabriel Sosa Armas, 4; Juan Martín Pérez, 5; Miguel Martín Pérez, 5. Total 92 pesetas. (Todos de Santa Cruz de la Palma.)

Juan Bartoli, Calaceite, 43 pesetas. Antonio Arribas, Villaviciosa, 1; Santiago Arranz, Madrid, 25; Tomás Díez, Logroño, 4; Antonio Corrales, Huelva, 4; José Morote, Villafranca, 2; Luis Nadal, ídem, 2; E. Allepuz, Huelva, 2; E. Huarte, San Sebastián, 9; José Victorio, Atunara, 19; Pedro Nájiz, G. 9; Tres obreros, Vinarç, 6; Francisco Villatoro, Castro del Río, 1; Salustiano García, Santander, 4; Pedro Carballo, Valencia de Alcántara, 5; Claudio F. Rua, Gijón, 4.

### CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Villaviciosa.—Antonio Arribas. Renovada su suscripción a fin Diciembre 1922. Calaceite.—Juan Bartoli. Id. a fin Diciembre 1922.

Nava del Rey.—Juan Juez. Id. a fin Diciembre 1922.

Logroño.—Tomás Díez. Id. a fin Diciembre 1922.

Huelva.—Antonio Corrales. Id. a fin Diciembre 1922.

Puerto Real.—Antonio Corrales. Id. a fin Diciembre 1922.

Pontevedra.—Nicolás Bozarea. Id. a fin Noviembre 1922.

Ciudad Real.—Emilio García. Id. a fin Noviembre 1922.

Villafranca.—José Morote. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—Luis Nadal. Id. a fin Diciembre 1922.

Huelva. E. Allepuz. Id. a fin Junio 1922.

Andujar.—Juan Palomares. Id. a fin Diciembre 1922.

Viso de Alcor.—M. Fernández. Id. a fin Diciembre 1922.

Ciudad.—José Lombardía. Id. a fin Junio 1922.

Pueblo Nuevo del Terrible.—Carlos Montrel. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—R. Ramón Ramírez. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—José Pizarro. Id. a fin Diciembre 1922.

Minas de Riotinto.—Benjamín Bussó. Idem a fin Junio 1921.

San Sebastián.—E. Huarte. Id. a fin Marzo 1923.

Atunara.—José Victorio. Id. a fin Julio 1923.

Logroño.—Félix Garganta. Id. a fin Diciembre 1922.

Gijón.—Pedro Nájiz. Id. a fin Abril 1923.

Barcelona.—Fernando Uizar. Id. a fin Diciembre 1922.

Valencia.—José María Llisterri. Id. a fin Diciembre 1922.

Vinarç.—Julio Blasguera. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—Centro. I. Republicano. Id. a fin Diciembre 1922.

Guadalajara. A. Anglada. Id. a fin Diciembre 1922.

Escalante.—F. Ortiz. Id. a fin Diciembre 1922.

El Tiemblo.—Joaquín Ferrero. Id. a fin Diciembre 1922.

Castro del Río.—F. Villatoro. Id. a fin Mayo 1923.

Santander.—Salustiano García. Id. a fin Febrero 1922.

León.—Juan A. Nuevo. Id. a fin Diciembre 1922.

Alcantarilla.—José Fuentes. Id. a fin Diciembre 1922.

Gijón.—Claudio F. Rua. Id. a fin Febrero 1923.

Sejalo.—José Benavides. Id. a fin Octubre 1922.

Palencia.—Constantino Ortega. Id. a fin Marzo 1923.

Santa Cruz de la Palma.—Miguel Martín. Id. a fin Diciembre 1921.

Zaragoza.—Progreso Tejero. Id. a fin Octubre 1922.

Aguilas.—Antonio Monserrat. Id. a fin Julio 1923.

Villafranca del Cid.—Amadeo Escuder. Recibido su giro de 12 pesetas. Conforme.

Villafranca de los Barros.—José Alta. Id. de 9,15. Conforme.

Yecla.—Juan A. García. Id. de 5 a cuenta Las Palmas.—Sociedad de Carpinteros. Id. de 15. Gracias.

Olvera.—Luis Bocanegra. Id. de 3. Conforme.

Benimodo.—José Machí. Id. de 15 a cuenta.

Sagunto.—Pío Satl. Id. de 50.

Villafranca de los Barros.—Pedro Pérez. Id. de 21. Conforme.

Fuñola.—M. Pané. Id. de 12 a cuenta.

Barcelona.—Francisco Capurro. Id. de 20. Gracias.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.